

é incitan á tantos á ejecutar magnánimas empresas, vive en fin en su precioso cuerpo que nos ha dejado, el cual victorioso por muchas veces y por muchos meses de la cal viva, se conserva todavía incorrupto y como si tuviese respiracion á pesar de la muerte y del tiempo, y con admiracion de infinitos pueblos que nunca satisfechos de verlo acuden de todas partes y observan que en él y por él se renuevan las antiguas y asombrosas maravillas. Vive, porque Dios que quiso mostrarse grande en Francisco vivo, ya en los excesivos é inmensos trabajos que le hizo padecer en el ejercicio de su ministerio y que el santo soportó con fortaleza mas que humana, ya en las innumerables y heroicas empresas para que le destinó en el cumplimiento de su ministerio y que Javier desempeñó con la mayor celeridad, y ya en los singulares é inauditos portentos con que le honró en el curso de su ministerio, y que obró Francisco con un poder casi divino; quiere todavía manifestarse grande en Francisco aunque muerto. Y á la verdad no puede pensarse nunca en él ni muerto ni vivo sin que una oculta é incontrastable fuerza nos obligue á exclamar diciendo: tú eres grande, Señor, y hacedor de maravillas: tú solo eres Dios!

Y despues de cuanto hemos expuesto ¿qué otra cosa resta sino que vos, ó gran santo, os digneis echarnos una mirada amorosa desde el alto trono de gloria á que habeis sido elevado, y que nos favorezcáis con vuestra poderosísima proteccion bajo la cual tantos otros viven seguros y alegres? Por tanto, oid nuestras súplicas, y al mirar con ojos apacibles tantas tierras y ciudades que en todas las partes del mundo queman incienso en vuestro honor y os dedican altares, dignaos pararlos algun tanto sobre los circunstantes y agradecer la devocion y el obsequio de una ciudad, que invocándoos con el dulce título de protector pretende tener derecho para que la mireis con distincion, y para participar en gran copia de vuestros singulares y abundantísimos beneficios. Así sea.

SERMON

DE SAN FRANCISCO DE PAULA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Simile est regnum caelorum grano synapis... quod minimum quidem est omnibus seminibus: cum autem creverit... fit arbor; ita ut volucres caeli veniant, et habitent in ramis ejus.

Semejante es el reino de los cielos á un grano de mostaza... en verdad la menor de las simientes: pero despues que crece... se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen á anidar en sus ramas.

S. Mateo, c. 13. v. 31 y 32.

Siempre me ha causado admiracion que habiéndonos Jesucristo hablado tantas veces en parábola del reino de los cielos, ya para significar su Evangelio, ya para mostrar el esplendor de su iglesia, la eficacia de su gracia, los caractéres y frutos de la humildad, haya siempre usado de emblemas que parecen destinados á ocultar este reino, y hacerlo desconocido en su origen. Pero lo cierto es que por este medio incomprendible á la razon humana se propuso acreditar que la grande obra de la redencion del mundo, el establecimiento y organizacion de su iglesia para obtener el reino eterno, era efecto de su infinita sabiduría y omnipotencia, para confusion de los sabios y prudentes segun la carne. Es verdad que Jesucristo predicó su Evangelio al principio á un pequeño número de hombres, pescadores de profesion, idiotas, sin instruccion, bárbaros, como los nombra el Crisóstomo. Pero sabemos por la Escritura que las palabras del Salvador, que oyeron en secreto, las publicaron de su orden brevemente en público, y las anunciaron con suceso en todo el mundo. Es verdad que la iglesia en su origen estuvo reducida á una pequeña porcion de apóstoles y discípulos de Jesucristo, consternados y llenos de temor por la muerte de su Maestro. Pero tambien lo es que en breve, venido sobre

ellos el Espíritu santo, la estéril se hizo fecunda, según la profecía de David, y vino á ser madre de todas las naciones que entraron dichosamente en su seno. Esta pequeña piedra que Daniel vió desprenderse del monte sin manos, deshizo las estatuas erigidas al demonio; erigió altares al verdadero Dios sobre las ruinas de los de Astarte, de Baal, de Dagon, de Moloc, de Júpiter, Osiris, Diana etc., y sujetó en breve á la fe del Crucificado á la Grecia supersticiosa, á la Persia sensual, á la India inhumana, á la Escitia bárbara y á la altiva Roma con todos sus dominios; y elevada en una gran montaña, se hizo visible á todo el mundo.

Por lo que hace á la gracia, símbolo del reino de los cielos, porque es el medio para alcanzarlo, es comparable, dice un sabio, á la aurora en su nacimiento; porque entónces su claridad confusa apénas puede distinguirse de las tinieblas. Mas ella va siempre creciendo hasta llegar á la claridad perfecta de la perseverancia y á su mediodía, que es la gloria. En fin la humildad, otro de los emblemas, aunque la mas oscura y mas oculta de todas las virtudes, porque no solo las sirve de velo, sino que se oculta ella misma con su propia oscuridad; la humildad, digo, este pequeño grano como el de la mostaza, se convierte en un grande árbol, donde según el Evangelio se anidan las aves del cielo; porque á la sombra de la humildad crecen las virtudes mas sublimes.

¿Qué prueba mas decisiva de esta verdad podria yo presentaros que al gran Francisco de Paula, cuya memoria celebramos? ¿No le admiramos grande delante de Dios y de los hombres? ¿No vemos concurrir todas las virtudes á formar su panegírico? ¿La corona de gloria con que el justo Juez le coronó en el cielo, no comenzó, dice un célebre orador, á brillar sobre su frente en esta vida, por los singulares homenajes que el mundo rindió á su santidad? ¿Una numerosa multitud de hijos dignos de tal padre, no eternizan su elogio en la iglesia católica? ¿Y cuál, os ruego, fué el fundamento de tan eminente santidad, de una gloria tan sólida, de una tan ilustre posteridad? Yo no dudo afirmar que la humildad. Sí, señores; de este grano misterioso, el mínimo de todas las simientes, salió este grande árbol, tan conocido y recomendable en el campo de la iglesia, por la abundancia de sus frutos y frondosidad de sus ramos.

La humildad, esta bella virtud, semejante al velo de púrpura que cubria el tabernáculo del Señor, la humildad de Francisco de Paula en todas sus obras, descubria el esplendor de su admirable vida; como al traves de un rico velo que aumentaba el precio de su esplendor. Casto, modesto, mortificado, solitario, apostólico, contemplativo, ¡qué cúmulo de heróicas virtudes no acreditaban su preciosa vida! Pero todas ellas se presentaban á los ojos de Dios y del mundo bajo el velo de la humildad. En vano pues pretenderia yo buscar otro fundamento para ensayar su elogio, que aquel que le elevó á tan alta santidad. Consideremos atentos la humildad de Francisco de Paula, y la veremos con edificacion, primero fecunda en sus virtudes: segundo en su gloria: tercero en su posteridad: tres breves reflexiones dignas de mi objeto, de esta cátedra y de vuestra atencion. Enseñadnos, ó Dios de humildad, enseñadnos á elogiar humildemente á vuestros santos, sin buscar mas que vuestra gloria y la suya en las alabanzas y elogios que á presencia de los fieles pronunciamos. Purificad, os ruego, mis labios como los de vuestro Profeta, para que dignamente os anuncie glorioso en vuestro santo, y encended en todos mis oyentes el fuego de vuestro amor, para que hoy se renueve vuestra gloria en el templo de sus almas. Esta gracia, Señor, os pedimos por la poderosa intercesion de vuestra Madre, á cuyo fin la saludamos humildes con el ángel: *Ave Maria*.

Tal es la conexion de las virtudes entre sí, que ninguna puede perfectamente adquirirse sin que la acompañen las demas; porque las obras meritorias deben tener total integridad, según el proverbio: *bonum ex integra causa*; y todas ellas ejercen su oficio en la moralidad de los actos. Sabemos, por ejemplo, que la caridad es el alma, para decirlo así, de las obras meritorias, y la prudencia la que dirige á todas: y no será paradoja decir que la humildad hace el oficio de madre en esta senda espiritual. Ella, dicen los padres apoyados en la Escritura, hizo fecunda la virginidad, y despues de haber contribuído á que María diese á luz al Dios de las virtudes, las conserva todas en las almas; lo que hizo decir á Salviano, que los partos de la humildad son admirables: *mirabiles humilitatis partus*.

San Francisco de Paula, que debió su exaltacion á la humildad, hace el elogio de esta virtud como fundamento de la suya. Si arrojamus la vista sobre su vida, dice un historiador, ella misma presenta á nuestros ojos un hermoso jardín adornado de diferentes y bellísimas flores que lisonjean los sentidos por lo balsámico de sus olores y la diferencia de su color; porque á manera de aquella misteriosa paloma que nos describe el salmo, cuyas plumas varían de colores á los rayos del sol, según el movimiento y situacion que toma, así en Francisco de Paula ya vemos la fe de los patriarcas, ya la pureza de las vírgenes, ora la paciencia de los mártires, ora la austeridad de los penitentes, el recogimiento y abstraccion de los eremitas, el celo de los apóstoles, la piedad de los confesores; pero la humildad de Jesucristo, esta oculta, preciosa é inestimable margarita del Evangelio, realza extraordinariamente la rica variedad de virtudes que adornan su vida. Si llevamos la atencion á su principio, hallarémos que es la humildad el primer anillo de esta cadena de oro que le corona, como un gérmen fecundo, que sacando su virtud de la gracia de Jesucristo, hace que se agobien las ramas de este grande y frondoso árbol, donde van á anidarse las aves del cielo, por los copiosos frutos de que está cargado: *fertiles humilitatis partus.*

Para ponerle á cubierto de la tentacion ordinaria de aquellas largas genealogías de que habla el Apóstol, y que solo son una deplorable ilusion del orgullo, dispuso el Señor naciése de padres oscuros, pero piadosos, para que toda su exaltacion y gloria dependiera de su humilde santidad. Sus padres en efecto, estériles por mucho tiempo, le obtuvieron por fruto de sus fervorosas oraciones y humildes súplicas, que dirigieron á Dios bajo la proteccion de san Francisco de Asís; y el Señor, que parece se complace en que sus mayores siervos nazcan de padres estériles, como precioso resultado del fervor de la oracion, como de Isaac, de Samuel y del Bautista nos consta por la Escritura; quiso que las nubes de su misericordia se abriesen para que apareciera sobre la tierra este ejemplar de humildad para confusion de la soberbia y vanidad de su siglo y de los posteriores. ¡Humildad singular y fecunda de todas las virtudes, que hará siempre época memorable en los anales de la iglesia!

¡Que sean, señores, tan estrechos los límites de una oracion

panegírica, que no me permitan presentaros el hermoso cuadro de heróicas virtudes que animó y conservó en Francisco su profunda humildad! Le veriais que dejada la casa de sus padres, marcha presuroso al desierto, donde habla Dios al corazón, y donde el suave canto de los pájaros, el dulce murmullo de los arroyuelos, la frondosidad de los árboles, la diversidad y olor de las flores, y el cielo, este libro abierto de las maravillas del Señor, todo lo enciende en su amor, y lo arrebató en su contemplacion. Le veriais sujetar su inocente carne y reducirla á servidumbre como otro Pablo, con el ayuno, la vigilia y la disciplina, para resistir y triunfar del fuerte armado que le ponía continuas asechanzas. Le oiriais gemir como la afligida tórtola en la soledad, y como el pájaro solitario en el techo, para obtener de Dios la conversion de los pecadores á verdadera penitencia.

Pero como tanta luz no podia estar oculta mucho tiempo, ni Dios la habia encendido para que estuviese bajo el celemin escondida, sino para colocarla sobre el candelero, á fin de que iluminara á todos los de su casa, veriais cómo el orden de la Providencia dispuso supiese el mundo que habia un ángel en carne humana en el desierto, destinado á preparar los caminos del Señor, y que todos publicasen las maravillas de su vida. Veriais que cuando á la fuerza de un grande ejemplo se une la virtud omnipotente de la gracia, es capaz de producir la reforma de la corrupcion de costumbres. Veriais, digo, cortesanos que desengañados de las vanas esperanzas del mundo, iban al desierto á buscar bajo la direccion de Francisco los favores del rey de la gloria. Veriais á muchos publicanos y pecadores dejar, como Leví á la voz de Jesucristo, sus cambios y sus vicios, y decir á Paula lo que el ejército de Judá al santo Macabeo: *tú serás nuestro jefe, y nosotros haremos lo que tú nos mandes.* Veriais en fin salir del desierto á este sol brillante de santidad, disipando con sus palabras y su ejemplo las densas nubes de la ignorancia, del error y soberbia de la vida, descubriendo á los mortales las sendas de la justificacion por el ejercicio de las virtudes, conducidas por la humildad, á quien debió nuestro héroe su mayor exaltacion y gloria.

El que se humilla, dice el Señor, será exaltado. Para acreditar esta verdad nos dió ejemplo el Verbo eterno. Con el designio de redimir al hombre se anonadó á sí mismo tomando la

forma de esclavo. El Criador de todas las cosas visibles é invisibles, sin dejar el seno de su eterno Padre, descendió á tomar nuestra naturaleza con todas sus enfermedades, á excepcion del pecado, haciéndose mortal el rey de los siglos, inmortal é invisible. Se humilló voluntariamente á sí mismo, obediente hasta la muerte afrentosa de una cruz, que sufrió en cuanto hombre para expiar nuestros pecados. Mas en premio de esta su humildad le exaltó su eterno Padre, y le dió un nombre que es superior á todos, dice san Pablo, para que en el nombre de Jesus se arrodillen todas las cosas en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y conozcan todos los mortales que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria á la diestra de Dios Padre: y como no podemos ser salvos, segun el Apóstol, sin conformarnos á la imágen del Hijo de Dios imitándole, hé aquí por lo que nos previene en su Evangelio, que el que se humillare será exaltado, y abatido el que se ensoberbeciere.

Este, señores, es un decreto inmutable de la voluntad de Dios, y un oráculo infalible pronunciado por sus labios, que necesariamente ha de cumplirse. El orgullo y la soberbia trastornan este orden por algun tiempo en esta vida, dice un sabio; porque vemos al humilde muchas veces despreciado, y exaltado al soberbio. Pero vos, ó mi Dios, vos habeis puesto límites á este triunfo momentáneo de la iniquidad. Este orden, interrumpido en el tiempo de la prueba, se restablecerá en el de las recompensas. ¡Orgullosa Nabucodonosor! tú que te has hecho adorar como un dios, pacerás la yerba como las bestias del campo, y serás el desprecio de los hombres. ¡Soberbio Lucifer! tú que brillabas como el astro de la mañana, como un principio de las sendas del Señor, precipitado como el rayo, tú has perdido todo el esplendor debido á tu naturaleza, y serás víctima eterna de tu misma soberbia. ¡Orgullosa Babilonia, viva imágen de este siglo corrompido! tu caerás con todo el aparato de tus grandezas y vanidades y los adoradores que te inciensan en un oprobio eterno. ¡Y vosotros los que imitais al jefe de los réprobos, temblad y estremeceos, porque llegará el día en que rodeis á los piés del trono de Dios para ser sepultados en los tenebrosos abismos por una eternidad y sin apelacion! Entónces, entónces vereis á los justos dominando á los impíos, segun la expresion del salmo; pues se acabará el reino del pecado, y se disipará esta noche, en que la virtud permanece escondida

y oculta bajo las sombras de la humildad. Entónces, cuando esta aurora del gran día de la gloria extienda completamente sus luces sobre los humildes, entónces aparecerá la gloria á que ha sido exaltado por su humildad san Francisco de Paula.

Este varon apostólico y fiel discípulo de Jesucristo, oyó desde luego aquellas dulces voces de su adorable Salvador: aprended de mí á ser manso y humilde de corazon. Oye como otro Samuel, y obedece como otro Saulo. Para conocer á Dios, se conoce ántes á sí mismo. Ve en sí su nada, su miseria, su vileza propia: y en Dios admira su grandeza, su bondad, su infinita misericordia; y que á pesar de su excelencia y supremo dominio, se humilla hasta la tierra para ser exaltado y traer á sí todas las cosas. Reconoce que su primer padre Adán le dejó solo por herencia la muerte, el pecado y la rebelion de las pasiones que nos inclinan al mal. Conoce que todo lo bueno debe descender á nosotros del Padre de las luces, y esto por los méritos de Jesucristo, único nombre en que podemos ser elevados á la gloria, si obedecemos sus mandamientos. Oye pues á este divino Pastor y Salvador de las almas, que le manda humillarse á su imitacion, para exaltarle á su gloria; y entrando en sí mismo, se dice: Francisco, ¿qué tienes que no hayas recibido? y si lo has recibido, ¿porqué te glorías como si así no fuera? ¿De qué te ensoberbeces, siendo ceniza y polvo? Tu humillacion está dentro de ti, que naciste hijo de ira y del pecado. Estas santas ideas, que son las de la religion, animaban á Francisco en todas sus obras y ejercicios espirituales, aspirando á una gloria inmortal por medio de una humildad profunda, senda única que Jesucristo nos ha enseñado y nos dejó trazada con su ejemplo.

Es necesario, señores, confesar que la religion cristiana á cualquier aspecto que se mire está llena de grandeza y majestad. Es verdad que inculca con frecuencia á sus discípulos la humillacion, el desprecio y negacion de sí mismos; pero de aquí en efecto saca toda su elevacion y grandeza, su magnificencia y su gloria, aun en esta vida á veces; porque el mundo, por mas corrompido que esté, no se atreve á negar siempre los homenajes, ya secretos, ya públicos, debidos á la virtud. Ademas que las muestras de honor que él da á sus mayores héroes, no son comparables con el tributo anual de alabanza y de gloria que la iglesia da á sus santos. Traed, os ruego, á la memoria,

dice un sabio, los célebres monumentos que la antigua Roma consagró á sus césares para eternizar su fama, las estatuas, los arcos triunfales, los obeliscos y mausoleos ó pirámides de Egipto. Débiles recursos del orgullo para salvar del naufragio de la muerte y del olvido algunas miserables reliquias de su falsa grandez. Todos estos frágiles trofeos ¿qué son en comparacion de la gloria con que la religion corona á sus santos? Sus nombres, escritos en el libro de la vida, y notados en los anales de la iglesia, permanecerán llenos de bendicion hasta el fin de los siglos; y entónces la humildad de Paula, fecunda en virtudes y en gloria en vida, aparecerá haberlo sido tambien en su posteridad.

La humildad, que segun san Pablo á los hebreos, coronó de honor y gloria á Jesucristo, ha llenado tambien á sus escogidos. Por manera que el esplendor que brilla sobre la cabeza del primogénito de los predestinados desciende sobre sus miembros, á proporcion que estos imiten su humildad, y le den el culto y adoracion que se le debe á la hostia inmaculada del sacrificio de su Unigénito para la redencion del género humano. Trabajos fructíferos de vida eterna, gloriosos, aceptables al Señor, y permanentes en la sucesion de los siglos, que recomendarán para siempre á estos ministros primitivos de la divina palabra, y los exaltarán la gloria de Dios.

Bajo este mismo plan de providencia parece haber enviado á Francisco de Paula al mundo. Hombre sin esplendor como los apóstoles, pobre, desconocido, sin literatura, es enviado por el Señor á un mundo corrompido, á que acredite su religion por el ejercicio de la caridad, de la penitencia, del ayuno, de la mansedumbre y la humildad, para que con su ejemplo excite á los demas á seguir esta única senda de la justificacion, con abandono de las de la iniquidad. Yo os he hecho ya ver su fidelidad á la vocacion de Dios, las bendiciones que el Señor echó sobre sus trabajos apostólicos, y la gloriosa exaltacion á que le hicieron acreedor sus heróicas virtudes, custodiadas, para decirlo así, por su rara humildad, admirada por todos en el mundo.

¿Y cesaron, os ruego, por su muerte los saludables y abundantes frutos que recogió Francisco sobre una tierra llena de espinas, por falta de cultivo en gran parte? Ah! miéntras la iglesia subsista, que debe permanecer hasta el fin de los siglos, el nombre de Francisco de Paula será célebre en las cátedras

en que alabamos á Dios en sus santos y en su gloriosa posteridad. El que no sea peregrino en la historia de la iglesia, ¿cómo podrá ignorar los admirables frutos de santidad que han recogido los hijos de Francisco para decoro y riqueza del santuario de Dios? Orden venerable, que aunque denominados desde su origen *minimos*, como fundados sobre la humildad, ha venido á ser en la sucesion de los tiempos muy grande y muy ilustre por la fidelidad de sus hijos en seguir las huellas de tan glorioso padre. La brillante luz de este astro, uno de los que adornan el cielo de la iglesia, penetrando, dice un sabio, al traves de la nube sombría de la humildad que forma su carácter, se extendió en breve por todo el mundo cristiano. Semejante en efecto al grano de mostaza, que siendo segun el Evangelio la mínima de las simientes, se eleva á la grandeza de un crecido árbol, al cual vienen á anidarse las aves del cielo; el orden de los mínimos desde su origen ha ido creciendo en el campo de la iglesia católica, y produciendo en ella, á imitacion de su padre, admirables frutos de sabiduría, fundada en el temor de Dios; de caridad fraternal, de humildad, de abstinencia, de oracion, de celo por la salud de las almas, en cuyo ministerio han ocupado siempre un distinguido lugar para conservar los preciosos frutos que su ilustre padre adquirió á la religion.

Yo, señores, molestaria vuestra atencion si quisiera detenerme á presentaros, aun en sumario, los varones ilustres en sabiduría, en virtud, en santidad, que han adornado á este venerable orden desde su establecimiento. Baste los consideremos en el campo de la iglesia anidados, á manera de aves del cielo, en el frondoso árbol de la militante, cuyas ramas, apoyadas en su origen sobre lo mínimo de la humildad, y aumentadas por el espíritu de caridad, se han extendido considerablemente con edificacion del universo, y brillan como piedras preciosas entre la rica variedad de órdenes religiosas que adornan á esta ilustre y santa madre, y que la sirven de tropas auxiliares y cuerpos de reserva para la defensa de su augusta religion.

Yo, señores, no ignoro el juicio poco ventajoso que las gentes del gran mundo forman de ordinario de estos cuerpos religiosos, que tantos frutos han dado desde su establecimiento á la iglesia y á los estados: ni se me ocultan los dieterios con que son tratados por los denominados filósofos de nuestros dias. Mas no me es permitido en esta hora hacer su apología.

Reservemos á Dios la causa, y consolémonos con imitar á nuestros mayores en semejantes circunstancias. Ellos nos dieron el ejemplo de perdonar las injurias, y nos enseñaron á sufrir con paciencia y humildad las calumnias; y cuando los perseguían traían á la memoria el oráculo de Jesucristo á sus discípulos: si el mundo os aborrece, sabed que ántes que á vosotros me aborreció á mí. Si fuerais del mundo, este amára lo que es suyo.... Bienaventurados los que padecen por la justicia.... Cuando os maldijeren, persiguieren, ú os llenaren de oprobios por mi causa, alegraos y regocijaos, porque vuestro premio en el cielo será copioso.... Si á mí me persiguieron, también os perseguirán á vosotros; pues no ha de tener el discípulo mas privilegio que su maestro. Así se explicó el Salvador para consolar y alentar á los suyos á sufrir con resignacion y humildad los trabajos de esta vida; y por san Pablo nos amonesta, que los que quieran vivir en la piedad con Cristo, padecerán persecucion.

Considerando pues que las pasiones de este tiempo, por mas que lisonjeen nuestros sentidos, son todas ellas momentáneas, é indignas segun el Apóstol de la gloria futura que Dios nos tiene prometida, formemos una idea justa de la religion que profesamos; y en atencion á que naturalmente aspiramos todos á la exaltacion y grandeza, por la nobleza de nuestra alma, cuyo centro es Dios, quien únicamente puede saciarlo, solicitemos los medios de conseguir esta felicidad. Á este fin, para el cual fuimos criados, ante todas cosas humillémonos bajo la mano poderosa de Dios, á imitacion de san Francisco de Paula. Meditemos con humildad lo que fuimos al nacer, lo que somos en el dia, y lo que seremos en la eternidad. Nacemos hijos de ira; estamos cubiertos con la lepra del pecado, é ignoramos si el Señor nos concederá el don de la perseverancia final en gracia suya, sin lo cual seremos eternamente infelices.

¡Qué motivos de humillacion, señores! Reconoced, os ruego, vuestra nada, vuestra miseria, vuestra vileza original, y la grandeza de todo un Dios humillado para darnos ejemplo. Conced que las cosas de este mundo son todas vanas y perecederas; que la gloria de los pecadores no descenderá con ellos al sepulcro; que el soberbio será hollado y oprimido, y que solo será exaltado el humilde, segun el oráculo de Jesucristo; y esto á proporcion de sus grados de humildad. ¡Virtud fundamental, madre y conservadora de todas las demas! Tú hiciste á Fran-

cisco amado de Dios y de los hombres; tú le hiciste fecundo en todas las virtudes, y su siglo por tu medio le vió resplandecer como un astro luminoso en la iglesia: tú le elevaste á una gloria inmortal, que será solemnizada hasta el fin de los siglos: tú en fin le hiciste glorioso en su posteridad, dejando hijos de su espíritu que promoviesen con su doctrina y ejemplo tu excelencia, la caridad, el celo de la honra de Dios y bien de las almas.

Te suplicamos pues, ó santo patriarca, que desde el alto solio de grandeza á que el Señor te elevó por tu humildad y demas virtudes, arrojes una mirada favorable sobre tus hijos y devotos que invocan tu intercesion en esta hora, á fin de que nos alcances del Padre de las misericordias un profundo conocimiento de nosotros mismos, que nos haga humildes de corazon, y que eleve nuestro espíritu á buscar la verdadera grandeza en la humildad, fundamento necesario para ser exaltados á la gloria, que deseo á todos mis hermanos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.